

En la modalidad de relato corto, el jurado concedió el premio a Pablo Jerez Sabater por la obra titulada **“Un eco que resuena”**

El barranco no olvida. Eso decían los viejos. Puede pasar el tiempo, pueden cerrarse las heridas y empichar los caminos por donde antes solo pasaban hombres y bestias. Da igual. El barranco guarda las voces. Las recoge en los altos de Morera, las lleva hasta el Roque y alguna tarde las devuelve al pueblo cuando baja el viento desde Las Rosas por detrás La Culata. Es igual.

Así quedó guardada la mañana del 24 de julio de 1936.

Vallehermoso amaneció con un cielo limpio, de esos de verano tempranero. La brisa del norte tardaba en entrar y las palmeras apenas se movían en el fondo del barranco del Ingenio. En las casas se preparaba el café. Se abrían las puertas y se empezaba el heredado arte de barrer con pinguan. Alguno salía a mirar el tiempo, como esperando una fresca que no llegaba. Una mañana cualquiera de verano, si no fuera porque desde Hermigua llegaban malas noticias: venían soldados.

La voz pasó pronto de una casa a otra, como a ecos. Subió por La Fortaleza y Morera y corrió entre las plataneras del Valle Bajo. Venían soldados. Cuarenta hombres avanzaban por el camino levantando polvo bajo las botas, pisando fuerte, que no dejando huella. No es lo mismo. Primero se supo y luego se escuchó. Al final pudieron verse los tricornos apareciendo por la curva del Roque.

Pancho Felipe estaba en la puerta de su casa cuando sonó el primer disparo.

—Ya empezó.

No hizo falta decir más: el barranco se encargó de repetirlo. Un disparo desde La Pilarica podía escucharse lejos. Retumbaba contra una ladera y volvía por la otra, como si las piedras también disparasen. Y aquella mañana dispararon mucho. Desde el cuartel, desde los muros, desde la Federación, desde donde cada cual pudo encontrar resguardo. El eco hizo lo suyo y durante más de dos horas Vallehermoso fue pólvora y polvo.

Abajo esperaba el pueblo.

Hacía años que en la Federación Obrera los hombres habían perdido el miedo a hablar. Allí se reunían Manuel Quintana, Ramón Cabrera y otros muchos cuyos nombres fueron después pronunciados bajito. También estaba el brigada Mas García. Llegaban periódicos en los correíllos y pasaban de unas manos a otras hasta terminar doblados de tanto leerlos. Se hablaba de los jornales, de la crisis, de una agonizante República y de la medianería. Del caciquismo y también de la tierra. Y cuando un hombre aprende que puede decir lo que piensa delante de otros hombres resulta difícil convencerlo después de que vuelva a callarse. Quizá por eso aquel día nadie quiso bajar la cabeza.

Cuando el brigada levantó la mano cerca de las primeras casas de Morera, los que

estaban junto a él entendieron lo que venía. No hubo discursos. Tampoco hacían falta. Del otro lado estaban los soldados. Entre unos y otros, el camino.

Y comenzó el tiroteo.

La pólvora llenó el barranco de un olor que tardaría en marcharse. De esos olores que se quedan pegados, aunque le echas tierra encima. No desaparecen. Dentro de las casas, las mujeres arrimaban a los chiquillos contra las paredes. Afuera los hombres esperaban detrás de los muros de piedra. Disparaban y volvían a agacharse. Luego otro disparo. Otro eco. Hasta que cayó el corneta.

Entonces la columna dio la vuelta y regresó hacia Hermigua. Huida como rata bajo viento llameante. Tan deprisa como había llegado la noticia de su venida llegó la de su retirada. Poco a poco dejaron de escucharse los disparos. Vallehermoso quedó en silencio.

Juanito «El Fotógrafo» se apretaba el brazo herido con un pañuelo. Los hombres fueron bajando de los altos con la ropa llena de polvo. Alguno buscaba a un hermano. Otros regresaban a sus casas sin saber muy bien qué decir. Nadie salió a celebrar nada. En una isla se aprende pronto que el mar no siempre protege. A veces encierra. Y todos sabían que al otro lado de las montañas ya se estaría preparando la vuelta.

Dos días tardaron. Esta vez fueron más de cien hombres. Subieron hasta el monte y entraron por Cruz de Tierno. Los médicos Bencomo y Jiménez salieron a su encuentro con una sábana blanca. Dos hombres caminando con un trapo blanco por delante mientras todo un pueblo esperaba detrás. Como una comitiva fúnebre, como ánimas en procesión. Cuentan que fueron momentos largos. De esos en los que hasta el barranco parece quedarse quieto, como el caluroso julio que caía sobre Vallehermoso.

Después llegaron las detenciones.

Una puerta. Otra puerta. Un nombre dicho en mitad de la noche y llantos como tambor de sequías.

Los sacaban de sus casas y les amarraban las manos, como ganado sobre dos patas. A algunos los llevaron hacia San Sebastián. Desde allí comenzó para muchos otro viaje, esta vez sin regreso, con los barcos prisión esperando en Santa Cruz y cárceles lejos de la isla. Durante meses hubo familias pendientes de una carta, de una noticia llegada en un vapor, de alguien que hubiera visto a alguien, de un silencio que dejara de ser silencio.

También fueron a por las mujeres. A algunas les raparon la cabeza y las hicieron barrer la plaza. Querían que todos las vieran, como castigo por ser o por estar o por nacer o por hablar o por lo que fuera. Que la vergüenza entrara primero por los ojos y después se quedara en las casas. A los hombres que quedaron los mandaron a trabajar a las carreteras. Pico y piedra. Piedra y silencio. A mandar se ha dicho.

Durante años hubo nombres que dejaron de decirse. La Federación cerró sus puertas. Trancada. Los periódicos desaparecieron de los cajones. Algunos papeles acabaron en el fuego y otros permanecieron escondidos entre ropas viejas, esperando tiempos

mejores que tardarían en llegar. Las familias aprendieron a hablar dentro de casa. Fuera, nada.

Vallehermoso volvió poco a poco a sus días. Había que regar las plataneras y recoger la fruta. Los barcos continuaban llegando. Las campanas de San Juan siguieron dando las horas y la gente volvió a encontrarse en las calles. Parecía que todo estaba en su sitio. Pero no lo estaba.

Y así pasaron los años. Murieron algunos de los que habían disparado aquella mañana. Murieron también quienes fueron a buscarlos. Después se fueron los que habían visto cómo se los llevaban. También el camino que subía hacia La Pilarica se cubrió de asfalto. Llegaron los coches. Las casas de Morera cambiaron las tejas por azoteas y el pueblo fue llenándose de cosas nuevas y de caras nuevas. Solo el barranco siguió siendo el mismo. Como siempre había sido.

Por eso la historia no desapareció. Quedó repartida por las casas, como un vago recuerdo, como una postal vieja ajada por el tiempo, amarillenta, carcomida. Un abuelo que una noche contaba algo y al día siguiente no quería volver a hablar del asunto. Una mujer que recordaba a quién habían sacado de su casa. Un viejo que señalaba una pared y decía que allí había dado una bala.

—Fue aquí.

Y seguía caminando. Así supimos los que vinimos después lo que había ocurrido.

Hoy se puede subir por Morera sin escuchar un solo disparo. Las palmeras vuelven a moverse cuando entra la brisa y el Roque sigue en su sitio, mirando el pueblo desde arriba como fiel vigía. Por las tardes las nubes bajan desde Epina y algunas veces se quedan agarradas a las cumbres como cascadas de espuma blanca. Parece que nada hubiera pasado. Solo lo parece. Porque hay lugares que aprenden a recordar.

Vallehermoso aprendió aquel 24 de julio que la voz también podía levantarse. Lo pagó caro, muy caro. Durante años hubo miedo en las casas y palabras que no podían pronunciarse fuera de ellas. Aun así, quedaron los nombres y los lugares: Morera. La Federación. Mas García. Ramón Cabrera. Pancho Felipe. Y aquel «Ya empezó» que todavía parece bajar algunas tardes por el barranco.

Cuentan los viejos que las piedras guardan los sonidos como chácaras de silencio. Yo no sé si será cierto. Puede que el eco termine por apagarse como se apagan todas las cosas.

Pero cuando sopla el viento desde Epina y baja al pueblo, tengo mis dudas.

Pablo Jerez Sabater, Premio Relato Corto del V Concurso Literario Félix Casanova de Ayala, es profesor de Historia del Arte en la Escuela de Arte Pancho Lasso de Lanzarote. Ha escrito una veintena de trabajos sobre el patrimonio artístico y religioso de la isla de La Gomera, así como aportaciones a distintos congresos nacionales e internacionales. Se encuentra ultimando su Tesis Doctoral en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria que versa sobre el despertar cultural de La Gomera entre 1890 y 1931, con especial interés en la figura de los poetas, escritores y artistas insulares de esta generación.